EL TIEMPO APREMIA

*Francisco Hinojosa**

Para Juan Villoro

Les costó casi un año conseguir la cita con el presidente.

- Los escucho –dijo el jefe del Ejecutivo sin preámbulos a sus jóvenes interlocutores: Dimitri Dosamantes y José Asunción Mercado.
- Sabemos que usted es la máxima autoridad del país...
- Continúen, por favor, que el tiempo apremia.
- Si el tiempo apremia, vayamos al grano –dijo Dimitri.
- Queremos comprar el país –concluyó José Asunción.
- ¿*Sorry*?
- Mire, señor, venimos con usted, que es la máxima autoridad de la nación, para hacerle una oferta por el país. Así de sencillo.
- Una oferta justa, por supuesto.
- Hemos hecho nuestras averiguaciones acerca del precio por metro cuadrado, tanto de las zonas residenciales como de las dedicadas a la agricultura, el ganado, el comercio, la industria...
- El valor de los inmuebles, ya sean casas, escuelas, edificios de oficinas y de apartamentos, *malls*, estadios, hospitales, hoteles, restaurantes..., todo...
- Los monumentos, las estatuas, las fuentes, el obelisco, el jardín botánico...
- La infraestructura de carreteras, puentes, túneles, vías férreas...
- La casa de moneda, las reservas naturales...
- En fin, estamos bastante adelantados en cuanto a tener un avalúo total basado en datos confiables.

* Poeta.

- No estoy seguro de comprender –dijo el presidente con una sonrisa amigable–, ¿ustedes vienen conmigo para que les venda *el país*?
- Nada más exacto.
- ¿Y por qué piensan que el país está en venta?
- Sabemos de buena fuente que *ningún* país del planeta está a la venta.
- ¿?
- Estamos convencidos de que en este mundo todo tiene un precio...
- Aunque no esté a la venta, ¿comprende?
- Señores –se puso serio el presidente–: por si no están enterados, tenemos una Constitución.
- También queremos comprar la Constitución.
- Y su bandera, a la que por cierto no le caería mal un diseño más moderno.
- Con colores más vistosos.
- Y también el himno y los héroes y el Congreso...
- Bien, señores, ha sido un placer platicar con ustedes... El tiempo apremia...
- Sabemos que el tiempo apremia. Le dejamos aquí nuestra propuesta económica, así como los estudios de mercado que hicimos, cotizaciones, levantamientos, planos y planes...
- Una lista de nuestros socios, los nombres de los bancos que nos apoyan, cartas de referencia, currículum, historial crediticio...
- Falta un solo detalle –dijo Dimitri cuando el presidente le daba la mano en la puerta–: por supuesto que si nos vende el país lo compramos con todo y su deuda externa, que como usted bien sabe, no es un problema menor...
- Y lo compramos también con las muestras masivas de desacuerdo con la política económica que usted aplica al pueblo desde hace cinco años. Recuerde que según la FAO, la UNESCO, la ONU y la FIFA su país está en el primer lugar de pobreza del continente.
- Con la operación tendrá también nuestro silencio acerca de los planes secretos de venta de materia prima que tiene con varios bancos de sangre en el extranjero. ¿Me explico?
- Y un prearreglo que ya tenemos firmado con dos de los principales grupos subversivos.
- Y otro con el líder de los cafetaleros.

- Y con los dos partidos de oposición más importantes.
- El principal cártel de la droga, usted sabe, ya se acercó a nosotros.
- Y la banda de los Sacaojos...
- Como ve, señor presidente, hay algo que usted y nosotros compartimos: sabemos que el tiempo apremia.

*

La reunión que tuvo el presidente con tres de los ministros consentidos de su gabinete –además del abogado de la nación, el embajador del Vaticano y el empresario Zurita– fue larga y polémica.

- He revisado los números –dijo el secretario de Hacienda– y la verdad no hay duda de que se trata de una propuesta seria...
- Yo también he visto las cifras –continuó el canciller– y, aunque no las he analizado a detalle, sé que detrás de esta locura hay fundamentos económicos de peso. Sin embargo, señor presidente, el problema va más allá de esta cantidad impresionante de ceros... No hay antecedentes de una venta de esta magnitud en el mundo.
- Sí la hay –intervino el ministro de Justicia–. Creo que México vendió una parte de su territorio a los Estados Unidos.
- Usted lo acaba de decir –se levantó el presidente, nervioso–: una parte: ¡no todo el país! Y eso fue hace como cinco siglos, ¿o me equivoco?
- Creo que la única solución sería hacer una consulta –se metió el secretario del Tesoro–. La única salida que pueda ser tomada después como democrática es que el pueblo decida si quiere pasar a otras manos.
- Habla usted como si el país fuera una mercancía.
- Hasta cierto punto –habló al fin Cocó Zurita, dueño de los ferrocarriles, el petróleo, dos embotelladoras y una imprenta, entre muchas otras empresas– todo es una mercancía. El dinero es capaz de convertir en artículos de consumo, ¿qué quiere?, la belleza, la bondad, la justicia, la democracia. Hasta el paraíso puede comprarse y, por supuesto, venderse. ¿O no es así, padre?
- Dicho como lo dices, hijo –respondió el representante del Papa–, suena todo muy mercantil, muy terrenal. La iglesia nunca ha tenido

una opinión consensuada acerca de la venta de cosas o naciones. Supongo que mi jefe no tendrá ningún inconveniente en que se realice la operación.

- Bien, bien –dijo el presidente sin dejar de caminar de un lado al otro por la sala de juntas. Pongamos que podemos vender el país... Pongamos que es lo mejor para nosotros, para el pueblo, para los honestos compradores, para la fe, para la bolsa de valores...
- Recuerde que las oportunidades se escapan, señor presidente.
- A eso voy: ¡ésta es una oportunidad!, ¿o no lo ven así? Todos sabemos, por ejemplo, que dentro de los esquemas económicos actuales la deuda externa no la acabarían de pagar ni los bisnietos de nuestros bisnietos.
- Sin contar –añadió el secretario de Hacienda– que desde las últimas cuatro décadas la deuda tiene una tendencia a incrementarse. Y el Banco Mundial no anda muy amistoso desde hace tiempo con nosotros... Por no hablar de nuestras reservas, si se le puede llamar reservas a los lingotes de oro que tenemos y a unos cuantos dólares, yenes, marcos, francos, reais y lempiras que guardamos en el Banco del País.
- Es cierto que se trata de una oportunidad –volvió a meterse el secretario del Tesoro– pero, ¡por el amor de Dios!, consulte, haga un plebiscito, señor presidente, un referéndum, una auscultación, un algo que lo legitime.
- ¿Quiere algo más que la opinión de mi gabinete, del sector empresarial, representado aquí por Cocó, de la iglesia, cuyo aval me acaba de dar monseñor, de los documentos que los compradores han presentado acerca de la guerrilla, el comercio, los líderes del país, el sector popular? ¿Quiere algo más contundente? ¿Un plebiscito, un referéndum? ¡Bah!, esas son cosas del pasado. O del futuro. El pueblo, como pueblo, no debe opinar sobre asuntos que no le conciernen. Hay que saber dirigir la voluntad de un pueblo. Hay que saber cómo darle lo que merece. Quizás ya sea hora de que nuevas manos y nuevas cabezas y nuevos liderazgos conduzcan a la nación por caminos más modernos... Por ejemplo: yo mismo he estado tentado muchas veces de proponer que se rediseñe nuestra bandera..., y la verdad: no me he atrevido siquiera a mandar una iniciativa al Honorable Congreso por temor a pasar por liberal o

postmoderno. El porvenir del pueblo está en nuestras manos. Más ahora que nunca, cuando podemos transferir la soberanía sin que la soberanía se entere del movimiento, ¿comprenden?

- Me da gusto que en estos precisos momentos, cuando es necesario tomar las decisiones más acertadas, esté usted tan lúcido, señor presidente.
- Tan capaz...
- Tan seguro...
- Tan irrefutable...
- Tan presidente, señor presidente...
- Es que el tiempo apremia.

*

Dimitri Dosamantes y José Asunción Mercado estaban seguros de que tendrían que volver a pasar por todas las instancias de rigor antes de conseguir una nueva cita con el Ejecutivo. Revisaron —con todo su equipo de consultores, el buró de abogados, los banqueros, los socios capitalistas y sus allegados— la propuesta de compra, y concluyeron, luego de dos largas jornadas de intenso trabajo, que estaban en lo razonable, lo justo y lo correcto. No se les había escapado ningún detalle.

Ante su sorpresa, al tercer día recibieron una llamada al centro de negocios que habían instalado para sus propósitos: era el secretario particular del presidente: los esperaba en la Casa Floral —sede de la residencia del conductor de la nación— el miércoles a las 7:15 de la mañana: para hablar de negocios: para pactar: para compra-vender lo que fuere pertinente dado el caso de que la decisión pudiera tomarse y para cerrar la operación si Fortuna lo avalaba.

La propuesta de agenda que el secretario les mandó por fax incluía los siguientes puntos:

- Registro de participantes de ambos equipos.
- Imposición de gafete.

- Palabras de bienvenida a cargo del presidente-presunto-vendedor y de los co-presidentes-presuntos-compradores.
- Corte del listón por parte de Su Graciosa Majestad Yolanda III, reina del carnaval.
- Mesas de discusión y negociación en temas sustantivos: gobierno, educación, trabajo, salud, hacienda y deportes.
- Receso amenizado por el cantautor José Raphael José.
- Conferencia magistral de Cocó Zurita.
- Buffet frío, champaña con jugo de naranja y pastelitos.
- Siesta.
- Firma de acuerdos.
- Firma de cheques.
- Traspaso de banda.
- Himno.
- Vino de honor.

*

116

El martes, al menos para Dimitri, el tiempo dejó de apremiar. Llevó a sus hijos al parque, se subió con ellos a la montaña rusa, comió una hamburguesa con papas fritas, los invitó al cine, se empacó él solo una bolsa familiar de palomitas y les contó, más tarde, un cuento antes de que se durmieran. El cuento de un lobo que quería ser el rey de los unicornios.

Por la noche, con la grata compañía de Thelma Esther, su amante, en el hotel Green & Rose Inn, cenó caviar con galletitas, vodka helado y pastel de zanahoria. Le comentó de paso acerca de la transacción que se traía entre manos.

- ¿De qué país me estás hablando?
- Ya lo verás, ya lo verás. Está divino.

José Asunción, por el contrario, renunció por un día al mundo material y se puso a soñar con los ojos abiertos: se veía a sí mismo pastoreando todas las ovejas del país, haciendo mítines en los que

aclamaban sus sabias palabras, apadrinando a un niño huérfano, inaugurando hospitales, escuelas, bancos y teleféricos, cantando en la televisión, socorriendo a un damnificado, etcétera. Soñó despierto con tal intensidad que a las dos horas cayó profundamente dormido.

Su sueño máspreciado –ser propietario de una nación– estaba por cumplirse.

Para ambos, Dimitri y José Asunción, la compra del país era una cuestión de vida o muerte. Tanto habían invertido en ese ideal, que si no se hacía ambos hubieran optado por la punta de una pistola antes que soportar sobre las espaldas el fracaso de sus dones negociadoras.

La esposa de Dimitri, doña Azucena García de Dosamantes, también tenía sus planes con la futura empresa familiar. Los humanitarios, los de rescate histórico y cultural, los de sociedad y los turísticos. En cambio Thelma Esther, la amante, dijo que se conformaba con ser concesionaria de una estética unisex.

La señora de José Asunción, por el contrario, nunca se enteró de los negocios que se tenía entre manos su marido. De haber estado cuerda, seguramente lo habría prevenido acerca de los peligros que significa comprar países. Los del hospital psiquiátrico no le permitían tener contacto con el mundo exterior.

*

El miércoles, a las 7:15 de la mañana, Dimitri y José Asunción llegaron a la Casa Floral acompañados de casi treinta consultores, abogados, socios, secretarios y edecanes para cerrar la operación.

El presidente, con otros treinta allegados de sus más altas confianzas, les dio la bienvenida. Y ambos equipos se pusieron a trabajar según la agenda y a renegociar el precio, las condiciones de la transacción, los términos de la entrega, el futuro mediato e inmediato del país y sus respectivos honorarios, comisiones y prebendas.

La reunión de alto nivel duró casi diecisiete horas, en las que hubo discusiones, arreglos, modificaciones, brindis, canapés, diplomacia, bromas, manoseo de conceptos, conclusiones y despedidas. Las piezas

que amenizaron el encuentro, interpretadas por el cantautor José Raphael José, no tuvieron el impacto en los asistentes que el equipo presidencial había calculado.

Y es que el tiempo apremiaba.

Después de la firma del documento –5,680 fojas– que transfería los bienes materiales, financieros, culturales, olímpicos, mineros, filatélicos, humanos, ferroviarios, astrológicos, pétreos, carreteros, porcinos, panteónicos, espirituales y volcánicos de la nación a los señores Dimitri Dosamantes y José Asunción Mercado, los medios masivos de comunicación tuvieron acceso a los nuevos dueños del país, que dieron una conferencia conjunta de prensa.

- ¿Está contemplado, en su administración, vender a extranjeros nuestras minas de zulamamita y de esteronomio? –preguntó el reportero de *La nueva era*.
- ¡La riqueza de nuestras minas –dijo a gritos Dimitri para que lo escucharan todos– es la riqueza de nuestras minas! No puedo añadir nada más al respecto.
- ¿Seguiremos siendo los eternos candidatos a organizar las olimpiadas? ¿Piensan proponer nuestra candidatura otra vez para el año 2046? –preguntó el jefe editorial del diario deportivo *Aquel*.
- No sólo las olimpiadas: el mundial de ajedrez, el festival de Cannes, el carnaval de Brasil, la entrega de los Óscares, miss mundo, la carrera de Indianápolis, el Nobel de Química... Todo, todo, todo, queremos todo.
- Incluso estamos considerando –añadió José Asunción– organizar la Primera Gran Feria del Chilaquil para el año que entra.

Luego, en la Plaza Mayor, se le permitió al populacho manifestar su beneplácito ante el soberano y magno acontecimiento. Vítores y plácemes llovieron a mares. Sensación compartida por el vulgo de que algo bueno estaba por llegar. Una luz en el firmamento. Fuegos de artificio.

Dimitri salió al balcón presidencial para recibir la primera manifestación de aprecio del pueblo –algo que había soñado toda su vida

y que estaba seguro de que algún día le llegaría, ya que había tenido la experiencia previa de comprar un equipo de beisbol en Estados Unidos y ser su líder.

Dijo entonces sus primeras, sentidas palabras como nuevo co-dueño del país:

- ¡Vivamos nosotros!
- ¡Vivamos! –coreó la multitud.

*

¿Y ahora? –le preguntó José Asunción a Dimitri el lunes por la mañana, justo cuando el general representante de las fuerzas armadas solicitó la comparecencia de los nuevos mandatarios para izar el lábaro y hacer los honores correspondientes a los símbolos que unen o deberían unir o alguna vez unieron a los connacionales.

- Pues..., icemos el lábaro, por algo somos los nuevos dueños del país, ¿no crees?
- Icemos.

Y Dimitri y José Asunción izaron la nueva bandera, diseñada por la firma Traciani de Milán, en tonos amarillo guayacán, verde ficus y magenta buganvilla, con un nuevo escudo: un ocelote echado al lado de un agave azul mientras devora una rata decapitada: justo la imagen que el azar le regaló a Dimitri la primera vez que visitó el país.

*

Llegaron una tipa y un tipo de aspecto armenio a vender armas a la oficina de la presidencia. Hicieron su exposición con diapositivas, videos y un breve discurso acerca de la seguridad nacional, que incluía los conceptos de *ofensiva*, *defensiva*, *teledirigido*, *destrucción masiva*, *nuclear*, *ojiva*, *enemigos* y *hermandad*.

Los socios presidentes escucharon pacientemente a los vendedores.

- Por lo pronto, no estamos en condiciones de hacer un pedido –respondió Dimitri tratando de ser cortés. Estamos muy gastados...
- Pero son necesarias –intentó explicar ella. Un país sin armamento moderno no es país.
- Podrían ser atacados, ¿comprende? –presionó él.
- Estamos en buenas relaciones con las naciones del mundo –externó José Asunción.
- Somos gente de paz. No nos sentimos amenazados.
- ¿Cree usted que nos decidimos a comprar un país para jugar a las guerritas?
- Comprendan, señores mandatarios, que los países necesitan estar preparados para cualquier eventualidad armada.
- Su ejército merece estar a la vanguardia. Quisiera no ser yo la portadora de esta noticia pero...: el armamento que tienen es obsoleto. Por lo tanto son un país, como se dice en el medio, vulnerable.
- Invadible.
- Agendable.
- ¿En cuánto anda saliendo uno como éstos? –José Asunción señaló la imagen de un misil sobre el catálogo que tenía ante sus ojos.
- El juego de doce misiles Revolution anda por los cinco millones de dólares.
- Si los quieren con ojivas biológicas –cerró un ojo la vendedora–, añádanle unos doce mil más por misil. Hemos desarrollado unas bacterias que se van a ir de bruces cuando les enseñemos fotos de los ensayos que hemos hecho.
- ¿Nos pueden dejar el catálogo?
- Con la compra del juego de misiles –explicó el vendedor– le estamos regalando un auto blindado y una metralleta SK-2004.
- Y dos viajes a Hawaí con todo pagado.
- Para cuatro personas en habitación doble.
- Siete noches, ocho días.
- Barra libre.

*

En el norte del país estalló la Primera Gran Inconformidad –como fue llamada por los medios– hacia mediados de mayo, justo el día en

el que cumplía treinta y cinco años Dimitri Dosamantes. En señal de protesta por los altos aranceles que imponía el poderoso país vecino a la exportación del ajo, el líder de los ajoproductores, don Pólipo Arozamena, convocó a sus agremiados a exprimir media tonelada de esos bulbos liláceos en la puerta de la Casa Floral.

Pese a que Dimitri no aguantaba mucho el olor a ajo, hizo frente a la eventualidad con la entereza que debe mostrar un paladín. Sin permitir que los inconformes se dieran cuenta de la repugnancia olfativa que le provocaba su protesta, se comprometió a hacer una campaña para elevar el consumo del ajo entre la raza y ofreció promover los pulpos al ajillo como plato típico, étnico, nutritivo y ancestral.

- Desde hoy –dijo en la sede del gremio–, ajo, turismo y desarrollo irán de la mano.

*

Doña Azucena García de Dosamantes –esposa de Dimitri, humanista y puericultora de profesión–, en su calidad de media primera dama, se interesó vivamente por las campañas nacionales de vacunación contra la fiebre púrpura –que aún no había llegado al continente–, por la promoción de la música vernácula –cuyo acervo constaba de ocho piezas de dudosa procedencia–, por la niñez atípica y por el incremento en las importaciones de abulón y almeja azul.

Era incansable. Tan sólo el primer mes apadrinó a quince niños, vacunó a cuarenta y dos, regaló dos mil ocho despensas, aprobó el menú de los DEE (desayunos económicos escolares) e inauguró una clínica para ejecutivos con problemas de próstata. Hizo una cata pública de abulón chileno.

Incluso le alcanzó el tiempo para someterse a una liposucción en el Hospital Militar.

Un día, se hizo el pedicure en la estética de Thelma Esther y no sospechó en ningún momento que la amable dueña del negocio fuera la amable amante de su marido.

*

El recién nombrado obispo Alberto del Río Canales accedió a tomar su primera confesión como tal a José Asunción Mercado.

- Me acuso a mí mismo, señor obispo, de haber caciqueado hace tiempo en mi pueblo natal. Me acuso también a mí mismo, señor obispo, de haber cabildeado. Me acuso de intromisión y un poco de perfidia. De sobra y falta de honestidad. Me acuso de haber cometido atentados contra la inmoralidad. Me acuso de indecoroso y sordo. De adepto a los bienes materiales y de mirar el mundo a través del cristal de la ambición. Me acuso, señor obispo, de ser José Asunción: su líder, su presidente.

El obispo Alberto del Río Canales estaba por absolverlo cuando el pecador continuó:

- Y me acuso a mí mismo de haber visto una revista y de ocupar mi mano, de consumir sustancias ilícitas, de no pagar los servicios que una noche me dio La Vikinga...
- Yo te absuelvo... –comenzó el prelado para no escuchar más pecados, pero fue interrumpido.
- Y me acuso de haber matado por propia mano al hermano de mi madre porque quiso hacer justicia con mi padre. Y acuso a mi padre de haber permitido que yo matara a mi tío. Y a mi madre porque empujó a ambos al pleito y a mis abuelos por haberlos engendrado y a mi tía por seducirme aquel martes de abril y a mi sobrino por haberle echado el raticida a su hermana...

*

Tocó luego el turno a Dimitri Dosamantes:

- Ése mi obispo, hágase como el que me está confesando porque he de decirle que nos vigila el enemigo...
- Hijo, nosotros no tenemos enemigos –contestó el ministro religioso con una voz apenas audible pero empalagosa.

- Usted haga sus señales de la cruz, como si estuviera muy interesado escuchando y perdonando mis pecados... Verá, un informante que tenemos en Washington nos vino con la noticia de que estamos en la agenda, ¿comprende?
- ¿En la agenda?
- Baje la voz, mi obispo, le digo que hay orejas... Continúo: Nuestros socios económicos y políticos, ¿sabe a qué me refiero, verdad?, andan con la idea de quitarnos el país por la vía armada, ¿comprende?
- Hasta ahora no comprendo nada, hijo –se consternó el obispo con su timbre de voz más azucarado.
- Que nos quieren joder, quebrar, declarar mentalmente insanos, desaforar... ¿Va agarrando la onda, mi obis? Nos quieren invadir. Vaya, para que me entienda mejor: quieren usurpar lo nuestro, despojarnos, allanarnos como país soberano que somos...
- ¿Está seguro, hijo, de lo que está diciendo?
- Por ésta –y Dimitri besó una dizque cruz que hizo con sus osteortrósicos dedos.

*

- Supimos que el país está agendado –dijo Pablo Jiménez, El Canalla, principal capo del cártel de Los Esteros– y venimos a ver en qué podemos ayudar –le gustaba hablar de sí mismo en plural, quizás porque siempre lo acompañaban doce mudos guardaespaldas.
- No le voy a mentir don Pablo: sí estamos en la agenda –le estrechó la mano José Asunción–. ¿Se le antoja un vodka?
- No, venimos de pisa y corre y andamos jurados.
- ¿Cacahuates?
- Sí, queremos unos poquitos.
- Al parecer –dijo Dimitri–, el fuego intimidante empezará con el llamado ‘bombardeo selectivo’. Quieren adueñarse de lo nuestro. De las minas de zulamamita y de esteronomio, de nuestros recursos perecederos, de la fábrica de ron, de nuestros poetas.
- ¿Con cuántos misiles cuenta el país?
- Compramos cinco docenas de los llamados Revolution.
- ¿Con ojivas...?

- Dieciocho con agentes químicos –explicó José Asunción–, y catorce con bichos biológicos.
- ¿Eso es todo? –se sorprendió El Canalla.
- Queríamos comprar una bomba atómica, don Pablo, pero no nos alcanzó el presupuesto –respondió Dimitri.
- Siempre sí sirvanos el vodka. Creemos que hay muchas cosas de qué platicar.

*

- No se saque de onda, padre, con lo que voy a decirle, pero... vendimos la iglesia de San Román Norte –dijo José Asunción a boca de jarro.
- *¿Sorry?*
- Para hacernos de recursos...
- ¿Toda la iglesia? –preguntó el obispo.
- La iglesia y algunos objetos...
- ¿El cáliz de oro?
- No se preocupe, padre: en unos años recuperamos todo, nomás nos repongamos del gasto de los misiles. Digamos que la dejamos a buen resguardo, ¿me entiende?
- ¿Y el párroco de San Román? –preguntó el obispo.
- Lo nombramos asesor religioso de nuestra embajada en Estocolmo.
- Ah, bueno. ¿Y las monjas?
- Las infiltramos en el sindicato de las costureras... Con un sueldo decoroso...
- Ah, bueno. ¿Y yo?
- Le tenemos una sorpresita, padre. Nomás no se desespere. Lo andamos candidateando para cardenal, que es lo mínimo que su santidad se merece. Ya hablamos con el nuncio. Nos dijo que el Papa le debe algunos favores.
- Ah, bueno. ¿Y la nación?
- Al parecer seguimos siendo sus dueños, padre: cuestión de que nos lo permitan y de que la gente bienintencionada como usted nos apoye con algo más que bendiciones, ¿comprende?
- Ah, bueno. ¿Y este sobre?

- Tómelo como diezmo, si quiere. Nosotros le llamamos ‘compensación’. O ‘propina’. Como más le acomode.
- ¡Santo Jesús! —exclamó el futuro cardenal al abrir el abultado sobre.

*

El negociador del país ante la ONU y ante las naciones que lo habían agendado logró acuerdos, transferencias y concesiones. Las minas cambiaron de manos. La moneda se depreció 814 por ciento en tres meses. El Museo de Antropología y las pinturas rupestres dejaron de ser patrimonio de la nación. El frijol y el garbanzo, antes exportables, pasaron a ser productos de importación. Córneas, riñones, corazones e hígados, en cambio, se vendieron al exterior a precios de remate. El campeón de peso pluma en boxeo se dejó arrebatar el cinturón por un portorriqueño en una pelea coludida. La cerámica típica cambió su denominación de origen. Y así con la industria textil, las playas, los fertilizantes, el famoso pulpo al ajillo y doscientas mil catorce hectáreas.

Incluso Thelma Esther, quien fuera la amante consentida de Dimitri, se casó con un general de un país enemigo con fines reproductivos a corto plazo. Compró su ropa de maternidad en una tienda exclusiva de Londres, se hizo un ultrasonido en Amsterdam, rogó en Notre Dame de París porque su hijo saliera con dos manos, dos pies y diez dedos en cada extremidad y se compró una camiseta estampada: I♥NY.

*

La agenda nacional cambió de rumbo tanto como se modificó la fisonomía política, cultural, geográfica, económica y culinaria del país.

Para hacer frente a la crisis social que amenazaba con desestabilizar al Estado, y con la benévola ayuda del BIAPACRI (Banco Internacional de Asistencia a Países en Crisis), Dimitri y José Asunción enderezaron el torcido camino que el destino les había reservado a su adquisición.

Recapitularon.

FRANCISCO HINOJOSA

*

Al cabo de unas semanas de desasosiego: centraron cabezas, hicieron de vísceras y bilis sonrisa amigable, consultaron con psicoanalistas, contadores, terapeutas varios, astrólogos y astrónomos y se sinceraron: éste es un país de mierda, nosotros unos gobernantes ineptos, nuestros enemigos unos aprovechados, las minas un fraude y el equipo de fútbol un fracaso.

- ¿Y si nos quedamos sólo con el equipo de fútbol y le metemos dólares? –propuso José Asunción.
- Mejor con el obispado. Allí ni siquiera hay que meterle mucho dinero, no hay porras y deja buenas ganancias. En una de esas, hasta nos ganamos el paraíso.

*

El expresidente, ahorrativo, los recibió en su mansión de Blue Rock Island, al sur del continente, con una comida sencilla: sopa de pasta, arroz con huevo y bisteces encebollados. Agua: de limón. Postre: panqué de nuez. Digestivo: anís semiseco.

126

- Traté de decirles que no es tan fácil tener un país, pero creo que no me escucharon.
- No es eso –dijo Dimitri.
- El problema no fue administrarlo sino que nos agendaran.
- ¿Cuántas veces creen que yo estuve en las mismas?
- ¿Tres? –preguntó José Asunción.
- Veinticuatro.
- ¡Putá!
- Veinticuatro veces hice antesalas, veinticuatro veces negocié la desagendización, veinticuatro veces deprecié la moneda, veinticuatro curas se hicieron obispos durante mi mandato, veinticuatro... ¿Queda claro?
- ¿Y ahora?

- Ustedes dirán. ¿Quieren que les vuelva a comprar el país? Olvidense, la verdad ando muy gastado y muy cansado como para regresar...
- ¿Sabe de alguien que esté interesado?
- Tengo un primo que anda queriendo invertir...
- ¿En un país agendado?
- Todo depende del precio, ¿me entienden?
- El tiempo apremia.